
DOS RELATOS DE ALBERTO JIMÉNEZ URE

EXTREMAUNCIÓN

Constantemente, Rocco Ruz se confesaba ahogado: física y psíquicamente, casi a punto de colapsar. A raíz del advenimiento de caos político en su país, comenzó a experimentar pánico. Los pobladores anunciaban guerras civiles, acciones terroristas, matanzas de inocentes y sangrientos combates entre facciones de las Fuerzas Armadas Nacionales (FAN).

El pánico le impedía salir a la calle. No respondía las llamadas telefónicas, permanecía todo el tiempo bajo las cobijas, no se bañaba y comía poco (siempre metido en la cama). Al comprobar —mediante informaciones de radio y televisión— que ya nadie dirigía la república, quiso desaparecer.

Al cabo de dos semanas de anarquía social, agotó su modesto almacenamiento de víveres. Tuvo que bajar del noveno piso para adentrarse a cuanto le inspiraba terror. Apresurado y a pie, se desplazó rumbo a un cercano supermercado.

Mientras trotaba, vio cómo doce niños devoraban el abatido cuerpo de un adulto. También captó dramáticas violaciones:

cruelmente, los ebrios abusaban de hermosas damas. En el umbral del establecimiento de provisiones, varios desconocidos se lanzaban puñetazos por la posesión de abundante y salado pescado que alguien tiró al pavimento.

El supermercado estaba vigilado por un pelotón desertor y mercenario. Un soldado lo miró e interrogó.

—¿Tienes dinero?

—Sí —respondió Ruz—. Suficiente, quizá demasiado...

—¡Muéstrelo!

Rocco metió sus manos en los bolsillos del pantalón y asomó la punta de algunos *próceres impresos*.

—Rápido, pasa —ordenó el militar.

Obedeció y recogió gran cantidad de carnes enlatadas (de pollo, pescado, cerdo y res). Pagó. Ya nuevamente en el exterior, escuchó ininterrumpidas detonaciones. A doscientos metros del abastecimiento, se sucedían querellas. Grupos de hambrientos intentaban saquear un restaurant y eran repelidos.

Endemoniadamente, corrió en dirección al edificio donde residía. Poco antes de llegar, fue interceptado por dos mujeres que—sin proferir palabras y empuñando machetes— le amputaron la mano derecha. La tomaron, colocaron en un frasco y huyeron a extrema velocidad. Conducían un minúsculo y europeo automóvil.

Rocco Ruz emitía alaridos y ninguno lo auxiliaba. Por lo contrario, la gente que pasaba a su lado se peleaba por robarle los alimentos.

—Ayúdenme, ¡por piedad!—expresaba—. Me han cortado la mano... Estoy desangrándome...

No transcurrió un minuto cuando una ambulancia se detuvo frente a Ruz. Portando sierras eléctricas, cuatro enfermeros descendieron y procedieron a cortarle —completas— las piernas y el único brazo que le habían dejado (íntegro) las chicas. Para escapar, depositaron los órganos en enormes y de vidrio cilindros.

Inmovilizado y moribundo, empezó a ser mordido por infantes que —desesperados por comida— llegaron custodiados por sus armados padres.

—Necesito confesarme, quiero la extremaunción —apenas musitaba a sus depredadores—. Les ruego que llamen a un sacerdote...

De prisa, trajeron uno. Ofició: «—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo yo, Ministro de Dios en la Tierra, te libero de todo sufrimiento...»

Culminó su discurso y le segó la cabeza.

—En nuestros estómagos descansen —al unísono, pronunciaron los testigos.

—Amén —sentenció el cura.

ECUACIÓN DE ALFABÉTICA CLAVE

A inusitada velocidad y tras destruir los vidrios del vasto ventanal, el coyote irrumpió a la sala de la cabaña que Lorena Marrón había adquirido al final de un desolado camino. Con sus

portentosos binoculares, vio cómo —lentamente— del cielo descendía una enorme águila que, al tocar pavimento, se transformaría en lobo.

En la parte posterior del habitat se captaban las aguas del *Golfo de la Querella*. Lorena, que solía pasar sus días de asueto académico ahí, se inclinó y tocó al cuadrúpedo. De su boca extrajo un papel. Contenía una breve leyenda y distintas cifras.

Ecuación de Alfabética Clave:

(13, 23, 26, 7, 6, 20, 17) + (1, 5, 6, 18, 22, 17, 21) = (18, 17, 5, 6, 10)

El hocico del animal se convirtió en griego perfil: ya el cuerpo era el de un hombre que apenas respiraba, profundamente lesionado.

—*Cada número a su letra*—susurró el moribundo. *Hallarás el mensaje oculto. Al descifrarlo, ingresarás a la legión...*

Presa del asombro, la profesora quiso salvar al desconocido. Lo arrastró hasta su vehículo, lo introdujo en el asiento trasero y partió al hospital. Durante el recorrido, sucesivas veces y en secuencia el metamorfo pronunció estos números:

(1)(13, 17, 21)(18, 10, 6, 21)(5, 6, 13)(5, 6, 14, 17, 15, 10, 17)
(3, 1, 6, 20, 1)(6, 13)(14, 23, 15, 5, 17)

Al ser trasladado a cuidados intensivos, el mutante falleció. Perplejos, médicos y enfermeras observaron la súbita incineración del cadáver: sin la intervención, por supuesto, de ninguno.

La señora Marrón era interrogada por los gendarmes de la sala de emergencias, acción que fue suspendida a causa del tumulto armado alrededor del difunto. Gracias a la confusión

suscitada, la mujer, a quien no le gustaba la indagación policíaca, escapó.

Dejó el auto. Corría en dirección a su residencia vacacional cuando sus piernas se transformaban en patas, sus brazos en alas y sus labios en pico. Sus perseguidores la oyeron gritar cuanto prosigue:

(27, 17) (21, 17, 27) (6, 13) [(14, 1, 13)] (18, 17, 5, 6, 10)

La altura y percepción del maravilloso panorama, plagado de selva siempre verde, flores, aves multicolores y riachuelos, hicieron infinitamente feliz a Lorena en vuelo. Sin embargo, vestido de blanco y exhibiendo una luminosa cruz en el pecho, un cazador la apuntaba con un poderoso rifle de telescópica mira. Le bastó un disparo para abatirla.

Cayó. Antes de volver a su *Causa Primera* y quemarse, expulsó por su pico la *Ecuación de Alfabética Clave*.

